

y Cristo, significado allí por él, diciendo que en la sepultura no se podían predicar sus misericordias; lo mismo prometió Jonás desde el vientre de la ballena, y Manasés en la oración que hizo estando cautivo, y Antíoco, aunque con falso dolor, porque sabía la condición de Dios. Y aprendiéndolo de aquí, lo usa la Iglesia en la oración que hace por los enfermos, pidiéndoles la salud para que puedan en su templo hacerle gracias.

Pues si así es, que tanto Dios se agrada y tanto bien nos viene, hagámosle gracias por los trabajos; lo primero y principal por ser gloria suya y tanto provecho nuestro, y luego por la libertad dellos, dejando lo uno y lo otro á su voluntad; pues ninguna cosa podemos escoger mejor que con la que Dios mas se sirve, y esta él solo la sabe; solo sabemos que gusta de ver nuestra lengua y corazón llenos de nacimiento de gracias. Es-

tas le demos por todo lo que de nosotros ordena, rogándole para adelante que ordene en nosotros, mande y disponga lo que sea mas gloria suya, aunque sea mas trabajo y tormento nuestro. Otras muchas razones hay por que aflige Dios sus amigos; el real profeta David las aguardó á saber en el santuario del cielo. Job dice que le afligia Dios sin causa, no quiere decir sin razón ó justicia; sino, ó dice sin culpa, ó como muchos entienden, sin causa que el mundo entienda ni alcance hasta que Dios al fin dél la declare. Entre tanto el siervo de Dios, no solo se satisface, pero se alegra y contenta con las dichas; y cuando no, basta ser los trabajos de muchos y muy grandes provechos para los que padecen, para que Dios, que tanto cuidado tiene de nuestro bien, los envíe; los cuales, aunque no todos se alcanzan, se tratarán solos en el siguiente libro.

### LIBRO TERCERO.

DE LOS PROVECHOS DE LAS ADVERSIDADES.

#### PRÓLOGO.

Preguntado un sabio filósofo cuál cosa le parecía la mas dulce de las humanas, respondió que el adquirir. Bien sabía este sabio las tres diferencias de bienes que todos los filósofos morales ponen del bien: honesto, útil y deleitable; y sabía la ventaja de dulzura que causa el honesto en el ánimo y al sentido los deleites; pero quiso significar la fuerza que el interés tiene entre los hombres, que solo él basta, y sin él ninguna cosa, á sustentar las repúblicas del mundo; porque este es el que le gobierna todo, y por quien todos despiertan su pereza y dejan su regalo, así los magistrados como los populares, y todos los oficios y artes se ejercitan con este fin; de manera que, cesando él, todo se vería presto caído y arruinado; con este aventura el labrador el trigo y el trabajo á la tierra, el soldado no siente sus heridas y necesidades, con ojo á la victoria; el mercader los caminos, navegaciones y peligros; como el poeta dijo:

*Impiger extremos pergit mercator ad Indos,  
Per mare pauperiem fugiens, per saxa, per ignes.*

El mercader no empeza de navegar hasta las últimas Indias huyendo la pobreza por mares, peligros y fuegos.

Y esta fué la causa que el Redentor, sabiendo bien el ingenio de los hombres, predicaba su Evangelio á veces amenazando y á veces prometiéndolo, y en el día de su maravillosa transfiguración sacó la muestra de su gloria y de la que los obedientes á su ley habían de recibir en premio, para animar á todos con lo que tanta fuerza tiene como el interés. Y porque el fin deste libro es persuadir á los hombres, tan enemigos de trabajos, que tengan en ellos paciencia; aunque habrá tenido buenas razones della el que los dos pasados hubiere leído con atención, por haberse dicho en ellos hartas cosas en alabanza de los trabajos; pero, atento á la fuerza que en el corazón hace el interés, el cual busca el hombre en

todas las cosas, me pareció venir en este tercero libro mas en particular á los provechos que de las adversidades nos vienen; que, aunque por ser ellos muchos, no podrán decirse todos, pero son ellos tan de codicia, que bastará decir los que en este tercero libro brevemente cupieren.

#### DISCURSO PRIMERO.

De cuán provechosos son los trabajos, hablando en general, y cuánta estima hacían dellos los amigos de Dios.

La divina Providencia, que todas las cosas crió con peso y medida, no repartió algunas de las naturales igualmente, ni de las de fortuna, como el oro, plata, ganados, posesiones, heredades y vasallos, por no ser de las necesarias para la vida humana, de suerte que ó sin ellas ó sin abundancia dellas no se pueda bien pasar; pero las que lo son, proveyólas Dios á todos igualmente y con grande abundancia: tal es la luz, el agua, que tan necesaria es y provechosa para muchas cosas; la tierra que pisamos, el aire que respiramos; porque, ¿qué fuera de los pobres si destas cosas carecieran ó se hubieran de haber á dinero ó á cortesía de los ricos? Este mismo estilo guardó por la misma razón en los bienes espirituales, que los sacramentos mas necesarios instituyó en materias mas comunes y abundantes, porque á nadie faltase el necesario remedio para su salvación; como el bautismo en el agua, la penitencia en el dolor y confesión, el Santísimo Sacramento del altar en pan, y este el mas común, que es el de trigo; la doctrina en palabras, que todo es fácil de haber en todas partes y á poca costa y trabajo; y aun el mismo Cristo y su gracia quiso que estuviese tan á mano, que do quiera podemos hallarle, y quien quiera y cuando quiera; por eso se comparó á la flor del campo, que es muy abundante y poco costosa y común de todos; porque, aunque las flores de los jardines estén debajo de llave, y con dificultad se deje entrar á ellos y con recato y tasadamente las dejen

coger los dueños ó sus jardineros, y sea esto mucho favor, y sean reprehendidos los que en cogerlas son demasiados ó las cogen sin licencia; pero las flores del campo ni son pocas ni tienen llave, ni se dan por favor ni respectos, ni por dinero ni por red ni con dificultad, ni estorbó nadie jamás al mas desdichado pastorcillo que cogiese á su voluntad las que quisiese ni á la hora que quisiese; así Jesucristo, nuestro Redentor y Señor, común para todos, como le quisieres, cuando quisieres, donde quisieres, de día, de noche, en el templo, en la calle, en tu casa, en el camino, en la cama, en la mesa, en la adversidad, en la prosperidad le ballarás, sin que lo pueda nadie estorbar, con la abundancia de gracia que tú mismo quisieres, por ser tan necesario y útil á la vida del alma que le buscare. Por esta cuenta se colige cuán necesarias y provechosas sean las adversidades y tribulaciones, pues ni valen caras ni hay dellas esterilidad, ni están mal ni desigualmente repartidas; antes en cualquier estado hay gran abundancia dellas en pobres, en ricos, en príncipes y gente común, en señores y vasallos, en eclesiásticos y seglares, en la milicia, en la religión. Y puso Dios en ellas la salud, y no fué poca misericordia suya librarla en cosa que, no solo es abundante, pero no hay quien se pueda escapar della, aunque mas lo procure; y en esto se parecen también con los sacramentos, que, aunque de diferente manera y no como ellos, pero dan gracia al que los padece por pacto que Dios tiene con él, ora sean trabajos venidos por propias culpas, ora por otro camino; no hay que desechar ninguno, sino tenellos por riquísimo caudal, que Dios envía para granjear el hombre la vida eterna, que es gran merced y beneficio suyo. Por lo cual decía san Pablo á los filipenses: Amigos, en esto habeis recibido gran merced de Dios, no solo en daros que creais en él, sino también en que padezcáis por su nombre. Y el mismo Apóstol, cuando quiere preciarse y gloriarse, aunque pudiera con muchos y muy honrados títulos, como apóstol y predicador de las gentes, no echa mano sino de una lista de grandes trabajos, peligros y peregrinaciones. Y en otra parte dice que cuando él quisiese gloriarse, que se precien y glorien otros de buenas fortunas, de buena opinión y fama y de buen tratamiento de los hombres y de otras cosas semejantes; pero que él en sus flaquezas todas ellas, en su deshonra y persecución, y de andar de cárcel en cárcel y de tribunal en tribunal se gloriará. Este era general deseo en aquellos tiempos dichosos de la primitiva iglesia, donde la cruz y sangre de Cristo estaba tan fresca, donde por este camino de prisiones, trabajos y persecuciones hacia Dios tantas maravillas. De aquí es lo que Eusebio dice en la *Historia eclesiástica*, que cuando los mártires estaban presos, estaban alegrísimos cuando les parecía que habían de ser los primeros que habían de sacar á martirizar, y cuando no lo eran quedaban desconsolados. De aquí son aquellas palabras del bienaventurado mártir san Ignacio, que san Jerónimo refiere que decía poco antes de su martirio, en una carta que escribió á Roma desde Siria: «Peleo con las fieras en la mar y en la tierra, de noche y de día, apriornado con diez tigres, esto es, diez soldados que me guardan, los cuales con los beneficios se vuelven peo-

E. XVI-I.

res; pero su maldad es doctrina para mí, aunque no por esto me tengo por justificado; plega á Dios me deje gozar de las bestias que me esperan; las cuales ruego á Dios no sean perezosas en acabarne y atormentarme, y que lleguen azoradas á comerme y que no tengan temor de llegarse, como á otros mártires han hecho; y si veo que no se atreven yo las haré fuerza y las asomaré para que me traguen; perdonadme, hijuelos, que yo sé lo que me conviene.» De aquí son también las que san Sixto dijo á san Lorenzo, que, como desconsolado de quedar en la vida, viendo dejar la suya por Cristo á san Sixto, le dijo, yendo á ser martirizado: No me desampares, santo padre, que si lo has porque quede á repartir á los pobres los tesoros de la Iglesia, ya los he repartido. Y respondió el santo papa: No os desconsoléis, hijo, ni os tengáis por desamparado, que esto que ahora yo padezco es cosa poca y conforme con las pocas fuerzas que como viejo tengo; cosas de mas importancia y de mas merecimiento os quedan que padecer, como á mas esforzado; dentro de tres días seréis conmigo. Pues ¿qué diré de las palabras que san Jerónimo dice al papa Dámaso, pidiéndole cierta gracia? Haz esto que te ruego, así te ciña Dios como ciñó á san Pedro; que, como ahora se usa decir, haced esto por mí, así Dios os haga bien, así os libre de enfermedad y trabajo; así se saludaban entonces con trabajos y muertes, por ser la cosa del mundo que entre los cristianos mas se estimaba y deseaba. Ahora este lenguaje ni se usa ni se entiende; antes sería ocasión de risa y mofa si se usase, si viese el mundo un hombre muriéndose y llorándole sus hijos y hijas, que los deja desamparados y desconsolados, que respondiese, como san Sixto á san Lorenzo: No quedáis, hijos, desconsolados ni desamparados; que dentro de tres días vendrá por aquí una compañía de soldados que os deje sin hacienda, honra ni vida; y mas ridículo sería el que á un príncipe fuese á pedir una merced, diciendo: Señor, hacedme esta merced, así yo os vea encarcelado y descabezado con san Pablo ó asaeteado con san Sebastián; pero ser cosa de risa este lenguaje hácelo nuestra tibieza y la fuerza que el mundo ha tenido con los hombres, y el amor propio, que tanto y tan continuamente y por tantos caminos huye los trabajos, y procura solo su propio regalo.

El bienaventurado san Juan Crisóstomo quedó tan enamorado de las cadenas de san Pablo, cuando iba declarando aquellas palabras suyas: Ruégooos yo, preso y encadenado del Señor; dice sobre ellas lo que en el primer libro se dijo; y en otra parte dice otras semejantes con el mismo espíritu y encarecimiento; porque, después de decir que es en parte mas alto título que apóstol y evangelista, y que llevado al tercero cielo, á quien se dijeron palabras en él inefables, y que por eso lo deja todo y pone este solo título, declaróse y dice la razón por que todo aquello era dones y mercedes del Señor; y esto, que es cadenas, aunque también es don y gracia suya, es paciencia y trabajos del siervo por él, y es costumbre de los amigos alegrarse mas por lo que ellos padecen por el amigo que por lo que de su mano reciben. Mas ilustre cosa, dice, es la cadena que la corona real, porque esta solo adorna y atavia la cabeza,

y la cadena todo el cuerpo atavia y defiende; porque la corona real, cuando el Rey sale con ella, levanta los pies á la envidia y convida los quietos á tiranía, y anda en tanto peligro con ella, que en la guerra se la quita y la esconde, para poder mas al seguro pelear con el enemigo; mas la cadena al revés, antes ella es la guerra y fortaleza contra los demonios y todos los poderes del infierno, y solo con enseñársela desbarará todas sus máquinas y traidoras asechanzas; los principes, no solo al tiempo que mandan, pero después, conservan sus títulos y renombres; veis allí al emperador, al príncipe, etc. San Pablo, en lugar de todos esos nombres, dice: Pablo, preso y atado con grillos y cadenas, y con mas razon se precia, porque los imperios y principados no son virtudes del ánimo ni cosas que suelen mostrarlas; cosas son que se venden dependientes de las lisonjas del vulgo; pero este principado de prisiones es señal de un gran valor de ánimo y del deseo de ganar mas á Cristo, y tiene esta ventaja á los principados del mundo, que estos brevemente se acaban y conocen sucesor, este nunca huye ni le conoce; si no, mira cuántos años há que le dura á Pablo este nombre de preso y cuán fresco y honrado se está entre cristianos, entre bárbaros, entre scitas, entre indios; do quiera que vais hasta el fin de la tierra verás este nombre celebrado, y el nombre de Pablo en boca de todos; y ¡qué mucho si lo es en la tierra y en la mar el nombre que tanto lo es entre los ángeles, arcángeles y potestades del cielo, y su rey, que es el mismo Dios! Y dime, ¿de qué eran aquellas cadenas que tanta gloria dieron á san Pablo? ¿Eran por ventura mas que de hierro? No, dice, pero tenían mucha gracia del Espíritu Santo, porque por Cristo habia sido atado con ellas. ¡Oh grande milagro! Los siervos atados y encarcelados y el Señor crucificado, y la predicacion del Evangelio crecía cada día mas; y por donde pensaban estorbarla del todo, por ahí se encendía y crecía mas y con mas fuerza se multiplicaba; y la cruz, cadenas y mazmorras, que se tenían por deshonor y abominacion, son ahora señales de salud; y que el duro hierro viniese, sin perder su naturaleza, á valer mas que todo el oro de las Indias, no por estimacion ni premática de los hombres, sino por la causa porque en él se padecía. Hasta aquí san Crisóstomo, que, aunque no pasáramos adelante en este discurso, bastaban estas palabras para lo que en él se pretende, que es sacar en limpio el valor de los trabajos, hablando en general; pero tráense para decir cuán extraño lenguaje se ha vuelto entre los cristianos deste miserable tiempo, y la causa dello, que es cuán léjos andamos de la perfeccion cristiana.

Lo cual declara mas la historia que pasó en los *Actos de los apóstoles*, cuando ante el presidente Festo salió san Pablo á visita delante del rey Agripa, y salió como suelen salir los presos, como él lo estaba, con sus grillos y cadena, como malhechor; y respondiéndole á los delitos de que era acusado de los judíos, comenzó á decir altísimos misterios de nuestra fe: cómo vió á Jesucristo y oyó su voz, cómo por la ceguedad corporal que le envió vino á la verdadera luz, cómo cayó en tierra en el camino y se levantó, cómo vino á Damasco preso y cautivo, aunque sin cadenas de hierro. Y de aquí comenzó á tratar de la ley y de los profetas, y cómo tantos años

antes habia dicho el misterio de Jesucristo; con lo cual se comenzó á rendir el Rey y quedó casi persuadido á ser cristiano, que, como el bienaventurado san Juan Crisóstomo dice, tales son las almas de los santos en las persecuciones, que en ellas no tienen cuidado cómo escaparse dellas, sino cómo ganarán á sus perseguidores, y á esto encaminan sus cuidados, palabras y diligencias, como aquí acaeció, que cuando entró á visitarse, le llamaron para que se defendiese, y él dejó cautivo y preso al rey Agripa; como él mismo dió á entender cuando dijo: Poco te falta para persuadirme que sea cristiano; entonces respondió el Apóstol: Señor, plugiérese á Dios que, aunque me costase á mí mucho, os vieses yo y á todos los presentes como á mí me veo, excepto estas prisiones (quiso decir cristiano). Aquí está ahora en esta respuesta lo que pretendemos, que es un pleito con san Juan Crisóstomo; venid acá, santo doctor, ¿qué son de las grandezas, valor y títulos que con tanto encarecimiento nos habeis dicho de las prisiones del Apóstol? Qué es de aquella estimacion y comparacion que hicistes, diciendo que mas quisiérades estar allí atado y preso con Pablo que ser ángel bienaventurado, y otras ponderaciones como estas? Si el Apóstol dice aquellas palabras con caridad cristiana que los querria ver á todos cristianos, ¿cómo les quiere privar de tanta grandeza como vos decís que son las cadenas y grillos que les excepta? Cómo quiere cercenar san Pablo tan grandes bienes á estos que desea ver en la fe y amor de Jesucristo? ¿Hay cosa buena en la Iglesia que no pueda ser para todos? O hay alguna tan tasada que no pueda ser para todos? O es lícito tener envidia un santo apóstol de los bienes que otro tenga con ventaja, ó esconderlos á quien puede aprovecharse dellos? ¿Qué quiere decir exceptas estas prisiones? Si ellas son buenas, ¿para qué las exceptó el Apóstol? Si malas, ¿para qué las encareceis vos y las preciais tanto? Y ¿para qué las padece san Pablo? Bien se entiende el aprieto en que parece poner esta dificultad á san Juan Crisóstomo, pero él se sacude bien dél con las palabras que en diferentes lugares sabe del Apóstol con muchos encarecimientos, de donde él sacó los suyos, y de la luz del Espíritu Santo, que los da y los envía, y revela el provecho de los trabajos, porque después de ponerlos en las cartas por principal título de su persona, callando los que antes ponia, como parece en las que escribió á Timoteo y á Filemon, dice á los filipenses que muchos de los hermanos, que eran los cristianos, estribando en las cadenas en que él estaba cuando escribia aquella carta, con mas ánimo y espíritu predicaban, y con mas provecho, la doctrina del Evangelio. Pues aquí aprieta san Juan Crisóstomo á san Pablo con nuestro argumento: Dad acá, Pablo, do quiera que vais, cadenas; do quiera que halais nos predicais prisiones y nos decís de las vuestras su virtud, su valor, su honra, etc.; y ahora, al tiempo del menester, delante de un rey medio comenzado á convertir, cuando mas necesario era mostrar libertad en la predicacion, y hacer menos caso de las cadenas vuestras y predicar su virtud al pueblo, ¿salís con sacadas estas prisiones? Y si á los cristianos dan vuestras cadenas ánimo y fortaleza, ¿cómo decís, cómo dais aquí

á entender que pueden menos? Pero el santo doctor responde por sí y por el Apóstol, antes alumbrado y enseñado del Apóstol, como otras veces suele, y dice que el rematar el Apóstol sus razones con aquellas palabras no fué de miedo ni congoja, sino de soberana y altísima sabiduría y providencia del cielo, porque hablaba con un infiel, ignorante del todo de los caminos de Jesucristo, y por eso no queria traerlo á la fe por cuevas ni breñas, sino llevarle por otra parte mas llana, como el mismo Apóstol dice que hacia con los demás: Hágame con los judíos como judío, por ganar á los judíos; y con los que no conocen ley como si yo no la tuviese, por ganar también á estos; pues esto mismo guarda aquí y hace su cuenta: Si este oye luego á la puerta prisiones y trabajos, luego se me huirá por no saber qué cosa son. Venga una por una á la fe por la predicacion, guste de la doctrina y gracia de Jesucristo, que, cuando esté dentro, él mismo se buscará las prisiones. Esta traza parece que aprendió san Pablo en su misma conversion, donde el mismo Cristo, que le apareció, le libró para después los trabajos, cuando respondió á Ananías: Anda, que le he escogido por instrumento para que lleve mi nombre delante de los gentiles y de los reyes y de los hijos de Israel, que de lo demás yo le mostraré á él cuántas y cuán grandes cosas le conviene sufrir por mi nombre; así hace el mismo Pablo por no espantar la caza, si presentara luego trabajos y prisiones. De aquí aprenden los discretos predicadores, confesores y peralados de no espantar á sus súbditos con la aspereza del camino del cielo, presentándoles luego la batalla con que se gana, y esconden á veces algo del rigor necesario de la penitencia hasta su tiempo; porque, no solo estos suelen espantarse dél, mas aun los que han comenzado el camino de su conversion suelen fácilmente volver las espaldas y tornarse á la primera vida regalada, con menos esperanza de salir tan presto della; porque, aunque en la fe se diferencian de los gentiles y paganos, pero en la consideracion y ejercicio della algunas veces no difieren. Muchos andan, decia San Pablo, de quien muchas veces os he hablado (y ahora no lo digo solo hablando sino llorando) encontrados y enemigos de la cruz y trabajos de Cristo, esto es, de los que por él se padecen y en su ley se predicán, cuyo fin es muerte; y su Dios es su vientre y su gloria, para confusion y vergüenza suya; y en otra parte dice que la plática de la cruz á los que perecen es plática de locura; pero para los que se salvan, que son ya mas pláticos en el Evangelio, es valor y fuerza; y como en el mismo lugar dice él mismo, que la predicacion de Cristo crucificado era locura á los gentiles y escándalo á los judíos, claro está que predicarles cruz y trabajos mientras eran gentiles, era predicarles para ellos locura y á los judíos escándalo; y así, era por demás el predicárselos luego á la entrada, y consejo santo y prudentísimo esconderles las prisiones y no deseárselas desde luego.

De aquí es lo que pretendemos, que no todos entienden el santo lenguaje de los trabajos y persecuciones usado entre los santos, que unos á otros se deseaban tribulaciones y muertes; y el estilo que en nuestros tiempos con los tales se guarda, y san Pablo usó con Agripa y con los demás gentiles, es doctrina del Redentor

cuando los fariseos vinieron á poner ante él acusacion á los discípulos, diciendo que no ayunaban como los discípulos del Bautista; y entre otras razones que el Señor dió allí en su defensa, fué una, que ninguno envasa vino nuevo en vasos viejos ni cueros gastados, porque se romperán fácilmente con la fuerza del vino, y el vino se pierde, que son dos daños; y asimesmo, ninguno remienda el sayo viejo y podrido con paño nuevo, porque hay otros dos daños, que son dos agujeros; el uno nuevo en el paño nuevo, y el otro mayor que antes era en el viejo; y que así es en la predicacion del Evangelio, cuando á los discípulos ó á los recién convertidos se proponen cosas duras y fuertes, que el un daño es desacreditarse para con ellos la doctrina, y el otro es aventarse y perderse, á lo menos espantarse el convertido, entendiéndolo por el vino nuevo la doctrina nueva con aspereza, y el vaso viejo y sin fuerza, la flaqueza de los que se comienzan á convertir; y asimesmo las mismas cosas por el paño nuevo y sayo viejo.

Este mismo estilo que el Señor guardó con sus discípulos, guardó después con san Pablo, y este guarda ahora con los que, dejado el mundo, se convierten en la vida perfecta, que luego luego no les espanta con desconosuelos ni asperezas, antes á los principios les atrae con grande regalo y dulzura, con unos abrazos apretadísimos de amor, con que el recién amigo pasa muchos días y noches con grande suavidad, y á veces con tanta avenida della, que es necesario esconderle ó esconderse para que no vean los hombres los traspasos y arrobamientos que padece; pero cuando ya están algo aprovechados, los hace el Señor comer, como dicen, el pan con corteza, en que el Señor sigue el camino que él puso en los padres naturales, que todos ellos y sus hijos y criados se ocupan en regalar al hijo chiquito que se cria, y quitar de las manos lo que los mayores tienen á su gusto en ellas, para contentar al niño; y con ser el hijo mayorazgo el mas querido y estimado, es á veces mal tratado de palabra, y otras no admitido á la presencia de su padre, otras se le niegan cosas de su gusto y aun de su necesidad, otras es castigado y afligido; pero al niño tierno ninguna cosa se le niega, aunque sea costosa y con disgusto y desabrimento de todo el resto de la casa; lo cual naturalmente se hace porque son niños y se crien, después que los grandes están ya criados; así dice Crisóstomo que hace Dios con sus hijos nuevos y tiernos, que todo lo que con ellos pasa es regalo y dulzura, con verse claro que otros mas antiguos y mas perfectos y privados suyos lo pasan con grandes trabajos y tribulaciones; y hácelo el Señor porque aquellos tiernos y nuevos en su amor se crien y crezcan, y porque no se le vuelvan á la vida libre y regalada que dejaron, si, entrando á la del amor de Cristo, vieses tanta mudanza, que súbitamente faltasen del mucho regalo pasado á la trabajosa pelea con trabajos y tribulaciones; lo cual dió á entender el mismo Señor en el mismo lugar, cuando dijo la comparacion del vino y paño, añadiendo otra tercera, diciendo: Ninguno hay que, estando acostumbrado al vino añejo y blando, pida ni quiera beber el nuevo y fuerte, antes se vuelve al añejo, diciendo que es mejor; y después poco á poco va olvidando con la costumbre el añejo, y

se hace á beber el nuevo; así pasa en la doctrina evangélica y vida perfecta; ninguno propone de un golpe la fortaleza de la doctrina y su rigor, porque se volverán á la vida pasada, mas blanda al gusto y mas regalada, sino poco á poco van dejando la costumbre del regalo, y haciéndose, mediante el regalo y favor del cielo, á la vida perfecta, porque los hábitos ó mañas de la pasada, demás de ser antiguas, son muy á propósito del humano apetito y del amor propio inclinado al regalo de la carne y á huir todo trabajo y aspereza, y es necesario acabarlos con mucho tiento y poco á poco; pero después que están hechos al trabajo y rigor y perdidos los hábitos viejos, reciben bien con los nuevos el trabajo; antes se les hace mal de dejarlo. Así que con gran prudencia el Apóstol, enseñado con esta doctrina de su Maestro, respondió con esta moderación al Rey, exceptándole las cadenas; no porque él tenía en menos la merced que Dios le hacia con ellas, ni porque por la monarquía del mundo las trocara, sino por no ser sazón ni tiempo para predicárselas; y por esta misma razón decía san Agustín, hablando de los malos deste mundo, y de los trabajos que por la persecucion dellos padecian los buenos, que llama ejercicio dellos: Ojalá se convirtiesen y fuesen con nosotros ejercitados. Primero los desca ver convertidos, y luego cuando sean capaces y tengan conocimiento de cuánto bien son y causan á los atribulados les desea el ejercicio, que es la persecucion por mano de otros malos que quedan en el mundo. Luego sin contradicción ninguna quedan los trabajos y cadenas bien y legítimamente alabados con los encarecimientos de san Juan Crisóstomo, y por el consiguiente declarados por mas honrosos y provechosos, y de mayor interese para el que los padece, que cuantas riquezas y dignidades pueden pretender los hombres en la tierra, pues segun este santo, para él hay cosas aun en el cielo que no lo son de tanto.

## DISCURSO II.

Que ni es igual ni aun general en todos, el provecho de las tribulaciones.

No contradicen á lo dicho en el discurso pasado, ni á los demás que en este libro se pondrá, lo que la divina Escritura dice y la experiencia nos enseña, que los trabajos y adversidades que Dios nos envia, no solo no son á todos de interese ni provecho, mas son para algunos tan dañosos, que les han por su culpa aderezado y ocasionado su propia condenación; cuyo ejemplo fué aquel malaventurado rey Faraon que de nuevas plagas del cielo sacaba nueva y diabólica dureza; lo mismo era el pueblo de los indios en tiempo del profeta Esaías cuando en nombre de Dios les decía: No hallo ya en qué ni dónde afligiros y maltrataros, no hay enfermedad que no os haya enviado, no hay cabeza que no duela entre vosotros; llenos y cargados estáis de tristezas y melancolias de corazón; todos lastimados y llagados, desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza; y esta plaga es tan general, que por falta de quien os cure se han hecho hinchazones y llagas podridas, sin haber quien siquiera tome la sangre. Todas son palabras que representan los graves azotes que Dios les había enviado, y dice que no hay para qué enviarles mas, pues en

lugar de emienda halla cada dia nuevos pecados. De manera que á estos no fueron provechosos los trabajos, antes fueron ocasion de su mayor perdición; pero la culpa desto no está en el trabajo, sino en la persona que le recibe; porque, así como Aristóteles dice que las obras de naturaleza son buenas ó malas, mas ó menos, segun la disposición del sugeto en que se reciben, así son las de la gracia y así son los trabajos, que en los buenos son todo gracia y gloria, salud y provecho; y en los malos, blasfemia y condenación, y quedan con ellos mas duros y obstinados.

Para lo cual es necesario advertir que aquí no llamamos buenos ni malos á los que tienen gracia de Dios ó no la tienen, porque muchos hay destos malos que con los trabajos se hacen buenos, y muchos destos buenos podria haber que con ellos viniesen á hacerse malos, esto es, por la impaciencia perdiesen la gracia. Llamamos aquí buenos los que tratan de serlo, y tienen (como dicen) puesta la proa en la virtud y en salvarse, aunque alguna vez caigan y aun esten en pecado mortal; y por el contrario, llamamos malos á los descuidados de su salud, aunque alguna vez acaezca estar en gracia; pero no van con la intención ordinaria encaminados al bien, ni consideran ni buscan el camino alcanzarle. Estos malos viven en grandísimo peligro; porque, como arriba se dijo, á estos envia Dios el trabajo para atraerlos á sí, y son como el último remedio después de muchas y muy piadosas diligencias; y cuando este no aprovecha, poca esperanza queda de salud; porque, como acá en las enfermedades del cuerpo, dice Hipócrates en un aforismo, que las medicinas que suelen aprovechar, si al mismo tiempo que suelen se aplican, y no aprovechan, antes dañan, es señal de muerte, porque el enfermo á quien las medicinas enferman ¿en qué puede tener esperanza? Así en las enfermedades espirituales, si las medicinas no sanan, y las últimas, que son los trabajos, antes dañan; esto es, cuando de la misa, del sermón, de los piés del confesor, os partís como os venistes; así, tan frio y tan duro os salís del sermón como sino le oyerades, y así del fuego de la tribulación. A la manera de una piedra que los naturales llaman calacia, que por mucho que esté en un horno de fuego, es de suyo tan fria, que no recibe en sí calor ninguno. Así hay algunos que, puestos en un sermón, que es como un fuego y como un martillo que quebranta las piedras, como el Profeta dice, ni con regalos ni con promesas, ni amenazas ni beneficios, ni con ponerles delante lo que el Hijo de Dios padeció por ellos, ni la gloria que les tiene guardada, ni el infierno, y sobre todo esto, los trabajos que les envia, no tratan de emienda, antes con ellos se vuelven peores; luego á gran peligro viven los tales. El enfermo que el jarabe, la purga, las unciones, las sangrías le dañasen, ¿qué triste estaria y temeroso! ¿Cuánto mas lo debe estar el malo de verse enfermar con los remedios de su alma?

Es el mal desto tan dañoso, que, no solo tienen quebrada y pérdida la salud y la esperanza della, mas aun el sentido con que debían de sentir su pérdida. Y así les dice Dios por el Profeta: Oye, pueblo loco, sin corazón, que tienes ojos y no ves, orejas y no oyes. Llámalos así, porque con los pecados salen de sentido, y

cuanto mayores son, menos lo sienten. Porque ésta es la diferencia de las enfermedades espirituales á las corporales, que las del cuerpo, cuanto mayores son, mas se sienten y mas duelen, y cuanto menores, menos, y de algunas, por pequeñas, no se hace caso; las del alma son al revés; por que las pequeñas se sienten mucho, como parece en los que no tienen otras, sino veniales, ó pequeños mortales, que los sienten mucho, como de santa Paula dice san Jerónimo, cuando llega á tratar de su cama; dice que era la tierra desnuda, sobre unos cilicios pequeños, en que todas las noches casi enteras pasaba sin dormir, en oración, juntándolas con los dias sin descansar, en que creyeras que habia fuentes de lágrimas, con que los pecados ligerísimos de tal manera lloraba, que nadie la juzgara menos que por gran pecadora, cargada de feísimos y gravísimos pecados. Y amonestándola san Jerónimo que no perdiese los ojos llorando, sino que los guardase para leer el Evangelio y otros libros santos, respondia: Quiero afear el rostro que tantas veces, contra el mandamiento de Dios, me puse á pintar; quiero afligir el cuerpo que tanto se dió á deleites; quiero desquitar con lágrimas, las demasiadas risas, y las holandas y blandas sedas con aspereza de cilicios; porque quiero emplearme en agradar á Cristo por lo que me empleé en amar á mi marido y al mundo. Otro tanto experimentamos cada dia en muchas personas temerosas de Dios, congojadas con escrúpulos de niñerías. Pero los pecados grandes no se sienten tanto comunmente, ni se echan de ver, no porque de su condición no congojen y saquen de sentido, sino porque le tienen quitado á quien los tiene. Y de aquí es lo que dice el Sabio, que el malo cuando viene al profundo de los pecados, que es cuando los comete grandes y sin congoja, entonces hace poco caso dellos y no los tiene en nada, aunque sean como son, dañosos y pestilenciales, ni los trabajos que para curarlos vienen. Esta doctrina frisa con la de san Gregorio Niseno, en la exposicion de las bienaventuranças, donde dice que no hay peor señal de condenación que cuando el hombre no siente lo agrio de los remedios que por sus pecados le aplican; porque, así como el enfermo de una pierna ó brazo, cuando le cortan carne y no lo siente causa en su casa gran tristeza, y en el médico poca confianza de su salud; pero luego que comienza á sentir el dolor de la navaja, entonces comienza el placer de todos, porque es señal de vida y mejoría; así en las enfermedades del alma es gran dolor cuando ninguno se siente con la navaja de Dios, que son los trabajos con que las cura (así lo dice también Bernardo); pero es gran bien y principio de salud cuando los siente. Conforma esta comparación con la doctrina de san Pablo, que dice de algunos pecadores que desesperados se entregaron á los vicios con avaricia, esto es, con codicia, como el avariato, nunca viéndose hartos de pecados, como él de dinero; y pesándoles de los insultos que no cometen, y á este miserable estado aportan desesperando; y el vocablo griego que allí está, quiere decir amortiguados, que no sienten dolor; y así lo traduce san Crisóstomo; los cuales traduce nuestro intérprete, desesperados porque tales son los que no sienten la cura, pues no queda esperanza de su salud.

Pues volviendo á nuestro propósito, no es la culpa del trabajo, pues en otra parte hace provecho, sino del que le recibe, si no usa bien dél; porque el bien aprovechase para lo que Dios se le envia, y se ablanda y reconoce; pero el malo mas se endurece con él por su locura y ceguedad; del cual dice el Espíritu Santo que al loco, aunque en un almirez ó mortero le muelan muy molido, como á cebada mondada y tostada, que es cosa durísima de quebrantar, ó hacer polvos, no se le quitará su locura; y con el mismo estilo dice á los malos por el Profeta: Aullad los que teneis vuestra morada en el almirez, quiere decir, los que; después de molidos y trabajados, estáis todavía tan duros, hechos masa dura, que no hay para qué sacaros de allí. De suerte que la disposición con que se recibe el trabajo es la que le hace provechoso ó dañoso, en que se parece con los sacramentos y con el mismo Dios, de que vino á decir san Pablo que quien le recibe indignamente, recibe juicio y condenación; pero el bueno, así en Dios como en los sacramentos, como en los trabajos, cuando le vienen, recibe su bien y su salvación, su conversión, su buena consideración, su medicina y su remedio; y por eso son comparados al fuego, que, recibido en el leño verde, saca agua de lo interior, y al seco abrasa y consume; así el bueno, comparado por el Señor al leño verde, cuando viene el trabajo, conociendo sus faltas, y acordándose que suele ser castigo de pecados, y con la memoria juntamente de los beneficios de Dios y de su grandeza y misericordia, y de su poco retorno, saca lágrimas de sus ojos y de lo interior del corazón. Pero el malo, con su ceguedad y sequedad, se abrasa y consume con ellos. San Agustín dice que, así como con un mismo fuego el oro se afina y la paja se quema, y como con un mismo trillo el trigo se limpia y apura, y la paja se quebranta, y con la misma rueda y viga apretado el aceite, no se mezcla con el alpechin; así la misma fuerza de la tribulación afina y purifica los buenos y los clarifica, y destruye, condena y destierra los malos; y de aquí nace que con una misma tribulación y aflicción los malos aborrecen y blasfeman á Dios y los buenos le alaban y ruegan: tanto va en cuál está un hombre ó cuál es el que padece, y no en que es lo que padece; porque, movido el cieno y el bálsamo de un mismo movimiento, el cieno corrompe el aire, y el bálsamo le alegra y sana. Hasta aquí son palabras de san Agustín. Semejantes son las de san Gregorio, y que en esto se diferencian los trabajos del réprobo y del predestinado; y semejantes son las de Crisóstomo, que el oro en el agua no se daña, y en el fuego se afina. Pero el barro y el heno en ambas partes se corrompe presto. Así son los buenos y los malos en el trabajo. En figura desto, el fuego del horno de Babilonia abrasó á los malos ministros que le atizaban, y no dañó á los buenos, para quien se encendió. Y los leones no tocaron á Daniel, y comieron á los que allí los pusieron. Las aguas del mar Bermejo, que á los buenos, no solo no dañaron, mas les abrieron camino y paso para la tierra de promisión, á los malos se le cerraron, y perecieron allí en su obstinación; de los cuales dice la *Sabiduría* que, teniéndose aun las lágrimas en los ojos y las enechas en la boca, con que lloraban los muertos á sus

sepulcros, inventaron otro pensamiento de locura, que á los que rogándolos y compeliéndolos, habian echado de su tierra y compañía, con gran fiereza dieron en perseguirlos como á fuggitivos. Y porque no falte tambien comparacion del Evangelio, muy á propósito es la que á Cristo dice de las dos casas fundadas, la una sobre arena, la otra sobre una peña, que, viniendo los vientos del invierno, cayó la primera, quedando fuerte y en pié la segunda, siendo el mesmo viento, y con la misma fuerza, el que las combatió; la diferencia estuvo en el fundamento de las casas. Así, porque los buenos están bien fundados y apercebidos no son derribados, aunque son combatidos de la tribulacion y tempestad, como son los malos, que traen fundados en el arena muerta sus pensamientos.

De todo lo dicho se sigue que, así como los malos pierden y desmedran con el trabajo, así con el mesmo ganan los buenos, porque merecen, avisan, consideran y resplandecen á gloria de quien se los envia; y por esto compara san Bernardo los buenos al cielo, que, aunque á todas horas luce, resplandece y está hermoso á la vista; pero mucho mas es esto de noche, cuando parecen las estrellas; así el bueno, aunque siempre y en todo tiempo parece bien; pero mucho mas luce en la noche, que es el tiempo de la tribulacion, y se parece quien es. Probaste, Señor, mi corazón (decia David) y visitástele de noche, esto es en el tiempo de la tribulacion, que es la que luego llama fuego; y por esta luz que, en ella cobra el bueno, la llama el Espíritu Santo por el Sabio y por el Apóstol, diciplina; la cual difiere de la doctrina, aunque son en efeto una misma cosa; que en el maestro la misma lición es doctrina, porque sale del doctor que la enseña; y la misma en el dicipulo es diciplina, porque mediante ella es enseñado y diciplulo. Y porque con la tribulacion el bueno aprende y queda alumbrado y enseñado, porque allí aprende humildad, paciencia, agradecimiento, recato y otras virtudes, por eso la llama en él diciplina; y de ahí vino á tomar este nombre el castigo entre los religiosos, quanto por que aprendan lo que les falta de virtud; pero en los malos y obstinados no es diciplina, sino castigo y tormento, y principio de los que eternamente han de padecer; como lo fué en Faraon y Antíoco, que en medio del trabajo se pasaron á continuarle y mejorarle á los infiernos; pero Nabucodonosor aprendió á humillarse, y confesar el poder infinito de quien le habia enviado el trabajo; lo mesmo hizo el Centurion del Evangelio, que de sola la enfermedad del siervo aprendió la fe y humildad, de que del mismo Cristo mereció ser alabado.

## DISCURSO III.

De los daños que vienen al hombre con la prosperidad.

El principe de los filósofos, Aristóteles, dice (como arriba dijimos) que la mesma ciencia y razon se halla de los contrarios, quiere decir, que para saber perfectamente una cosa es necesario entender su contraria; mayormente cuando se trata del provecho della es necesario saber los daños de su contraria, porque por ahí se descubre mas el provecho que se pretende saber. Y

pues vamos tratando en este libro tercero del provecho de la adversidad, no ayudará poco saber el daño de su enemiga, la prosperidad; para lo cual fuera necesario, no un breve discurso, sino muchos libros enteros, si se hobieran de decir todos los que della se nos causan; pero por cumplir con la brevedad que el argumento deste libro requiere (pues no entra la prosperidad en él sino como de lado), brevemente pasaré por los daños temporales, y no con prolijidad del que es verdadero y temeroso daño, que es el de la conciencia; porque decir aquí los trabajos que se pasan en desearla, ganarla y sustentarla, la inquietud, el desasosiego, los sobresaltos, el engaño de los lisonjeros, y otros semejantes daños, que en ninguna persona se excusan, por próspera que sea, antes quanto mas próspera, mas sujeta á todos ellos, seria nunca acabar; porque, como ella de su naturaleza sea frágil y fundada en cosas engañosas, perecederas y mudables (como lo son las riquezas, las privanzas y estimacion, que todas dependen, unas del juicio, otras de voluntad de los hombres, que de su condicion son tan ligeramente mudables), no es posible poderse gozar sin gran sobresalto. Lo cual dió á entender Dionisio el tirano, segun lo cuenta Ciceron, á un hombre llamado Damócles, que, diciéndole un día al Dionisio cuánta envidia le tenia á su vida próspera, á sus riquezas, á su mesa, á su imperio, etc. Respondióle: Yo te haré experimentar la vida de que tienes envidia; y mandóle aderezar un suntuoso banquete, y sentar solo á Damócles á la mesa, y servirle como al mesmo Dionisio, con gran limpieza y aparato, músicas, etc. y que él estuviese toda la comida descubierta la cabeza, y encima della colgada de un hilo una espada con una punta agudísima; y después que duró un gran espacio la comida, preguntóle Dionisio qué le parecia de aquella vida; respondió que en toda la suya habia tenido tan mal rato, y que no daria señas de lo que habia comido ni de la música, ni de otra cosa que allí hubiese pasado, que á cada momento le parecia que se quebraba el hilo y le atravesaba la espada la cabeza. Entonces respondió él: Pues esa vida paso yo, con perpetuo temor que vendrá la muerte, que me prive de todo esto. Pues ¿cuánto mas debe de temer el cristiano, que, demás del sobresalto de la muerte, queda el del juicio universal y particular, que el tirano no creia; y allende desto, cuelgan otras mil espadas agudísimas sobre la cabeza del que goza las prosperidades desta vida? Porque, cuántos sobresaltos se padecen, y á cuántos peligros viven sujetos los que el mundo llama prósperos y bienaventurados, no se puede bien decir; porque probándose la fortuna buena por todas partes, por ninguna le asienta bien y con descanso; porque, así como al que se descalzase los zapatos y quisiese con ellos cubrir y adornar su cabeza, y porfiase hasta salir con este disparate, él se fatigaría y se molería, y al cabo no saldria con su intencion, y la causa es, porque lo que se hizo para traer debajo de los piés mal puede venir á la cabeza, por ser de diferente hechura y dignidad; así es el que con las riquezas y otras mundanas prosperidades (las cuales, como dice el salmo, crió Dios para poner debajo de los piés del hombre y servirse dellas quanto á la parte inferior de su alma) quiere adornarla y con-

tentarla á ella, contentándose con ese contento; quanto mas viendo claramente que no es posible, porque los bienes que Dios tiene guardados para el alma no podrán caber debajo de un tejado, con estos que el mundo llama bienes. ¿Qué tiene que ver la bienaventuranza con esta miseria, y aquella paz perpetua con esta turbacion? y la caridad con tanta envidia y avaricia, y otros males que andan acompañados con estos bienes de la tierra? Al fin ellos son de condicion que no pueden dar entero descanso, ni que dure mucho ni valga nada; y con todo, los buscan los hombres con ansias increíbles.

Por lo cual tomaba el cielo con las manos el Profeta; y no es manera de decir, pues decia: Pasmáos, cielos, y asuédense vuestras puertas. Como quien dice, que no hay para qué las haya, pues ni el mundo admite las verdades del cielo, ni los hombres quieren ni merecen entrar en él. Veamos, Profeta, ¿qué hay de nuevo, que tanto lo sentís? Dos males ha hecho mi pueblo, dice el Señor: el uno fué dejarme á mi, que soy fuente de agua viva, de bienes y contentos que nunca desfallecen; y el segundo, cavar con gran trabajo y sudor unos pozos ó cisternas rotas, que no pueden detener las aguas, que es decir que me dejaron á mí, que soy fuente de bienes verdaderos, limpios, alegres, durables y perpetuos, y con su trabajo han querido beber aguas turbias, hediondas, pestilenciales y emponzoñadas, en unas cisternas llenas de agujeros, donde aun esos bienes, con esas tachas que ellos tienen por bienes, no les pueden durar, ni el contento dellos. Tales son en realidad de verdad las riquezas, honras, deleites y toda otra prosperidad; que, demás de las espinas con que atormentan cuando se poseen, brevemente desamparan al dueño; dos dias dan contento, y al tercero enfadan. ¿Cuánto suda uno, cuánto camina, cuánto gasta, cuánto sufre, cuánto pierde por alcanzar una plaza ó dignidad; y apenas la ha alcanzado, ya desea salir della! Cuánto se pasa en alcanzar una mujercilla, y qué brevemente cansa á quien la alcanzó! Las haciendas procuradas con trabajos increíbles, y compradas por grandes precios, ¿cuán presto son de muy poco en los ojos de su dueño! Porque, como san Gregorio dice, esto tienen los bienes desta vida, que cuando no los tenemos los deseamos, y alcanzados, nos enfadan; solo aquel infinito bien, que es Dios, tiene la condicion contraria, que en teniendo da mas hambre, pero es hambre con hartura, y hartura que no empalaga. Los que comen, dice la Sabiduria, aun quedarán con hambre, y los que me beben no pierden la sed. Pero todo lo temporal presto se acaba, como el que lo experimentó lo decia, que con atencion habia mirado sus contentos, y que lo que sacaba en limpio era, que todo era vanidad y aflicion de espíritu, y que ninguna cosa permanece debajo del sol. Con todo eso, es amado y buscado lo temporal; y la causa dello da san Bernardo, que es una rabiosa hambre que el alma tiene, y juntamente ignorancia y ceguedad de su propio manjar; como un hombre hambriento, que, olvidado ó imposibilitado del propio manjar del hombre, que es el pan, si se diese á comer yerbas del campo no diriamos que gusta ni se sustenta; y así, no consigue su intento y el fin que el comer tiene. El manjar propio del alma son

las cosas espirituales: con esas se sustenta y esas solas la pueden hartar; las cuales son sin comparacion mas gustosas y sabrosas que las temporales. Nunca Dios tal quiera, dice san Bernardo, que la ponzoña de esas cosas temporales y viles entre en comparacion con aquel preciosísimo bálsamo y purísimo vino de las espirituales consolaciones; porque, quanto va del alma al cuerpo, tanto va del gusto de lo uno al de lo otro. El mismo san Bernardo dice en sus declamaciones, que nace el sustentarse de lo temporal de una rabiosa hambre de la codicia humana, lo cual declara por una hieroglífica. Dice que vió cinco hombres que juzgó con razon por locos: el primero, que á dos carrillos estaba mascando la arena de la mar; el segundo á la orilla de un gran lago de azufre cogia todo el vapor ó humo y se lo bebia; el tercero estaba á la boca de un horno muy ardiendo, cogiendo y tragando las centellas que salian del fuego; el cuarto, puesto sobre el zimbório de un templo, tragaba todo el aire que podia, y cuando le parecia que era poco, allegaba lo mas que podia con un ventalle, como que queria tragarse toda la region del aire; el quinto estaba algo apartado de los cuatro riéndose dellos, digno de que todos se riesen mas dél, porque con increíble trabajo estaba chupando la sangre de sus propias carnes, unas veces mordiendo las manos, otras los brazos, otras lo que de su cuerpo alcanzaba. Y que apiadándose dellos, se llegó y preguntó á cada uno la causa de su ejercicio tan peregrino, y halló que era una la mesma de todos, que era una grande y rabiosa hambre, y que, mirando sus rostros con atencion, se acordaba de aquel dicho del Profeta: Mi corazón se secó porque me olvidé de comer mi propio manjar. Hasta aquí son palabras del mesmo Bernardo, que son una hieroglífica ó representacion de lo que en el mundo pasa; cuya significacion está muy clara, porque el que comia la arena era el avariento, que no se harta de oro y plata, á quien el Profeta llama barro espeso y apretado. El que cogia el hediondo vapor del azufre era el carnal, que se deleita en sucios y hediondos abrazos. El que tragaba las centellas es el airado, que se mantiene del fuego del furor. Y el que engullia con tanta hambre el aire, es el soberbio y ambicioso, de quien el Profeta dice: Efraim se mantiene de viento. Y juntamente el que, apartado, se burlaba de todos, mordiendo y chupando sus carnes, es el envidioso que, de ver á los otros con prosperidad, cualquiera que sea, se hace pedazos á sí mesmo. Y era, como dice el Santo, la causa de todo este desconcierto su hambre rabiosa, la cual no padecieran si de su propio y legítimo manjar no se hubieran privado; porque, como san Gregorio dice, el alma en quanto en este mortal cuerpo vive no puede pasar sin consolacion; y como no ha probado la propia y sustancial, que es la del espíritu, es forzoso que busque las de la carne, y así queda burlada la flaqueza del hombre miserable; y la que tiene parentesco con los ángeles y debria mantenerse de su manjar, viene al sustento de los puercos; y lo que peor es, con tanto gusto y satisfaccion con él, como si no hobiese para él otro ninguno de que no quiere ser (hasta que los ojos del alma se le abren con la muerte, que los cierra) desengañado. Esta locura se ve, como en una imagen dibujada, en lo que acaeció á un hombre que